

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón  
Milán, 20 de noviembre de 2019**

*Texto de referencia: L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, Crear huellas en la historia del mundo, Encuentro, Madrid 2019, pp. 13-29.*

- *Os he encontrado (Ja vstretil Vas)*
- *Andare*

*Gloria*

«Aquí no hay solo un recuerdo», acabamos de escuchar cantar, «aquí la vida ha vuelto a hablar / y en vos hay la misma fascinación, / y en mi alma hay el mismo amor». Si alguien puede decir esto es únicamente porque participa de cuanto nos ocupa esta noche en nuestro encuentro de Escuela de comunidad, es decir, de un evento presente; de hecho, aquí no hay solo un recuerdo del pasado. Entonces, ¿cómo ha vuelto a hablar la vida?

*Me gustaría contarte la impresión que me ha causado la Introducción de Crear huellas en la historia del mundo, que no me esperaba este año y que corresponde totalmente a lo que mi corazón desea. Lo que me ha sorprendido desde el principio es el modo con el que don Gius habla de Jesús, llamándole «hombre», «el hebreo Jesús de Nazaret», con su «voz» y sus rasgos: «ternura original», «valor absoluto» y «afirmación totalmente positiva del destino» del hombre, suscitándome una profundísima nostalgia del Jesús que don Gius me dio a conocer y que me «hechizó», el «Verbo hecho Carne», y al que quiero volver a encontrar este año, después de todas las reducciones que he hecho y que sigo haciendo de él. No existe Jesús más allá del Nazareno, y he suplicado y suplico a la Virgen que este año me permita encontrar y conocer más a Jesús de Nazaret: al del encuentro, al de don Gius y al de la Redemptor Hominis de 1979 (¡que fue el texto de la Escuela de comunidad cuando empecé!). Lo segundo que me ha sorprendido desde el principio ha sido que la pregunta: «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?». A mí no me corta la respiración como a don Giussani, es más, a veces la paso por alto (¡pero al principio no era así!). Entonces me he preguntado: «¿Por qué?». Creo que es por dar todo por descontado, y que el problema es la reducción de Cristo a una abstracción que siempre acecha mi camino, y también por no darme cuenta de cuánto penetra el nihilismo en mi mentalidad. Me he dado cuenta de esto a raíz del trágico suceso que pasó en Roma: Luca Sacchi fue asesinado por un golpe en la cabeza. En particular, me impresionó la reacción de la madre de quien golpeó al joven matándolo; le denunció a la policía diciendo: «Mejor en la cárcel que narcotraficante». Es la mayor valoración del fruto de su vientre que esta mujer ha podido hacer en una sociedad nihilista: ¡denunciar a su hijo para salvarlo! Ante este gesto me he dado cuenta de que las preguntas de Jesús que cita don Gius adquieren un peso, un valor, ¡son únicas y me mueven! Nadie podría decirlas en un mundo así. Entonces intento mirar a mis alumnos a través de estas palabras y mi actitud cambia, un hilo de misericordia me permite mirarles como «personas» en relación con el Misterio. Como siempre, no se puede entender a don Giussani si no se parte de la propia experiencia. ¡En caso contrario, Jesús y sus palabras resultan abstractos!*

Lo que dices me parece una introducción preciosa al recorrido que empezamos esta noche. ¿Por qué? Porque ya desde el primer impacto sientes cómo se despierta en ti la nostalgia de Jesús. ¿Por qué?

Porque muchas veces lo has reducido, como muchos de nosotros podemos reconocer también en nuestra experiencia. Por ello, no es en absoluto obvio que alguien advierta el deseo de volverse a encontrar con Jesús este año y empiece a suplicar, a pedirle a la Virgen que le permita encontrarse de nuevo con Jesús de Nazaret y conocerle mejor. Todos percibimos nuestra distancia con respecto a lo que nos ha testimoniado don Giussani: ¿quién de nosotros ha tenido la misma percepción que él ante esa pregunta? Es impresionante que, en la última fase de su vida, delante de toda la Iglesia, ofreciera este testimonio –un verdadero impacto– diciendo de sí mismo desde las primeras palabras: «“¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?”. Ninguna pregunta me ha impresionado en la vida tanto como esta» (p. 13). Si no pasamos estas frases por alto, empezamos a ver la distancia que existe entre cómo las hemos leído nosotros y cómo las percibe él. ¿Quizá exagera don Giussani, es tal vez un sentimental, mientras que nosotros somos realistas? Existe una distancia sideral entre el eco que provoca en él leer las mismas frases y el eco que percibimos en nosotros. Esto vale también para la frase siguiente: «“¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? [...]”. ¡No he escuchado jamás dirigirme ninguna otra pregunta que me dejara tan cortada la respiración como esta de Cristo!». No está diciendo cosas banales. ¿Es un exagerado? Por no hablar de cuando dice: «Ninguna mujer ha escuchado jamás otra voz que hablara de su hijo con la misma ternura original, con la misma valoración indiscutible del fruto de su seno, con semejante afirmación totalmente positiva de su destino [...]. Pero, más aún: ¡ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo!» (pp. 13-14). Podría continuar. Si comparamos cómo ha vibrado cada uno de nosotros delante de estas cosas con lo que nos ha testimoniado don Giussani comprendemos qué posibilidad tenemos de participar de su gracia, porque todos nosotros estamos llamados a participar de esta mirada. Sería suficiente con que uno la comparase con la forma en que se percibe a sí mismo cuando va al trabajo, cuando todos le tratan según su capacidad de éxito o le miran según una medida. ¿Qué es lo que prevalece en nosotros? ¿La mirada de los demás o esa mirada? Si la mirada que nos ha testimoniado Giussani no penetra hasta nuestras entrañas, el cristianismo queda fuera de la vida, no hacemos experiencia de él. El cristianismo puede penetrar en nuestra vida: esta es la promesa de la Escuela de comunidad. Por eso surgen enseguida preguntas.

*En el primer punto de la Introducción: «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?»...*

¡Menos mal que la Introducción no pasa inadvertida! Por desgracia, muchas de las contribuciones que nos han llegado han pasado por encima de ella sin pestañear. Pero la Introducción es crucial.

*Don Giussani dice que esta pregunta es la respuesta a la pregunta que más le ha impresionado: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?». Quisiera entender por qué.*

¿Por qué Giussani responde a la pregunta con otra pregunta? Si no lo entendemos quiere decir que no hemos captado lo que hay dentro de la pregunta. Dejemos abierta la cuestión y veamos si poco a poco, a lo largo de la Escuela de comunidad, captamos la respuesta que hay dentro de esta pregunta.

*Después del trabajo de este verano sobre la experiencia, en la Jornada de apertura de curso nos produjo a mí y a los demás un gran impacto escucharte hablar de ella como referida a Cristo, a la relación con el Misterio del que se puede hacer experiencia, y el relato sobre la Magdalena dio en el clavo como nunca. Como decías la vez anterior, el Evangelio comienza a hablar. Y la pregunta que*

*teníamos al retomar el texto era: «Pero, ¿cómo es posible tener realmente experiencia del Misterio como la Magdalena?». Me ha sorprendido –al empezar a leer el nuevo libro de la Escuela de comunidad– que el famoso discurso de Giussani ha empezado a ser para mí una respuesta a esta pregunta. Por primera vez me he dado cuenta de que esto no es un texto para estudiar intelectualmente, porque Giussani está describiendo su experiencia de Cristo. ¿Y cuál es? El descubrimiento de que aquel hombre, Jesús de Nazaret, era el único que captaba su pregunta, su necesidad de sentido («¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?»), su drama. He intuido que uno no hace experiencia de Cristo si no lo percibe como respuesta a su propio drama, a su necesidad. Esto no se puede dar por descontado, porque los que estamos desde hace tanto tiempo en el movimiento frecuentemente nos reducimos (quizá sin darnos cuenta, no por maldad) a estar en una asociación y todo se queda en eso. En cambio, es necesario ser leales con la propia necesidad, ir hasta el final del propio drama, amar la propia humanidad, incluso si es mezquina. Es la única condición para captar la increíble novedad de Cristo y tener experiencia de ella como algo único, y por ello querido y buscado, no simplemente soportado o dado por descontado, hasta el punto de que no lo cambiaríamos por nada en el mundo. Creo que la insistencia en nuestra humanidad que hacías en la última Escuela de comunidad iba en esta dirección. Puede parecer poco, pero estoy contenta por este descubrimiento, y es lo que estoy trabajando ahora con algunos amigos. ¿Por qué esta insistencia? Porque, como vemos, las intervenciones realizadas hasta ahora hablan de una reducción, de algo que se da por descontado. ¿Qué es lo que nos impide reducir la Escuela de comunidad a frases, a una abstracción o a algo del pasado, cosa que nos lleva a no ser capaces de asombrarnos ya desde la primera pregunta? «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el hijo del hombre para darle poder?» (p. 13). ¿Quién de nosotros se ha mirado esta semana con asombro frente a esta pregunta? ¿Quién, cuando ha rezado el Ángelus, se ha asombrado por la gracia de poder darse cuenta de que ese anuncio se le dirigía a él, tal como era, en su nada? De hecho, el contenido de la pregunta es una afirmación plena, totalmente positiva de nuestro destino. ¿Entendéis? Repetimos las frases del libro una tras otra –adhiriéndonos a ellas, claro– pero sin asombro, sin ninguna vibración humana; es como si no tocasen los pliegues de la vida, y por eso la percepción que tenemos de nosotros mismos es la que tienen todos: si las cosas van bien, si estamos de buen humor, si hacemos las cosas justas y si los demás nos tratan bien, entonces estamos contentos; en caso contrario, estamos hundidos. En esta situación salta enseguida a la vista quién está determinado por el nihilismo y quién, en cambio, empieza a darse cuenta de que el cristianismo no es un pensamiento o un sentimiento religioso, sino un acontecimiento, un acontecimiento del que participa. No es que el Misterio no tuviese otros métodos para darse a conocer; don Giussani escribe que «Dios habría podido también elegir como medio de comunicarse a los hombres una inspiración directa» –como a veces decimos: «Si yo Lo percibiese dentro de mí...»–, pero nos advierte de que se trata de un camino «para nada en absoluto más fácil y seguro», porque estaría «siempre expuesto a la fluctuación de nuestros sentimientos y pensamientos». Por ello, concluye, «la modalidad que Dios ha elegido para salvarnos es un acontecimiento, no nuestros pensamientos», nuestros sentimientos, nuestros estados de ánimo. Veamos si esto responde a nuestra humanidad. ¿Quién ha tenido experiencia de ello?*

*He vivido estas últimas dos semanas intentando gestionar lo mejor posible cada cosa (trabajo, secretaría, relaciones de amistad, novio, etc.); me decía: «Esto está hecho, también esto y esto»... ¿Veis cómo puede uno deslizarse, desplazarse sin pestañear, en nombre del «tener que hacer»? Exacto. Pero cuanto más hacía, más me perdía.*

Cuanto más hacías, más te perdías.

*Mi intento era bueno: quería responder a cada petición o necesidad del mejor modo posible, sin querer perderme nada. Pero, «¿de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (p. 13). Sentía que no era feliz y, sin embargo, seguía adelante sin entender bien por qué me sentía así. Incluso la misa del domingo se había convertido en la última cosa que colocar, a las 10 de la noche. Después, la llamada de una amiga me hizo darme cuenta: «¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Qué estás prefiriendo de verdad en todas las cosas que haces?». ¡Alto! ¡Es verdad! En esta marea de cosas que hacía en el fondo no estaba prefiriendo ni eligiendo nada para mí, ¡era solo una persecución! Resultado: la pérdida de mí misma. Pero, ¿dónde me había perdido? ¿Qué permite vivir todo lo que tengo que hacer con gusto y como descubrimiento de mi persona? En ese momento me acordé de las caras de mis compañeras de piso, a través de las cuales misteriosamente vivo cotidianamente una excepcionalidad, tal y como la describe don Giussani: «cuando corresponde adecuadamente a las expectativas originales del corazón, por confusa y nebulosa que pueda ser la conciencia que se tenga de ellas». ¡Esto es! Y desde aquí vuelvo a empezar: el lunes por la noche anulé todo lo que tenía para volver al apartamento a cenar, porque sin este lugar no me conozco a mí misma, es decir, no conozco los deseos últimos y más profundos del corazón que me mueven a lo largo del día y me permiten disfrutar de lo que hago, incluso de las cosas más aburridas. Para mí su compañía es precisamente el acontecimiento tal como lo describe Giussani: «Es un acontecimiento –la irrupción de una novedad– lo que da comienzo al proceso mediante el cual empieza el yo a tomar [...] nota del destino hacia el que se encamina, del camino que está haciendo» (p. 27). Me descubro así dependiendo de este lugar, y aunque para el mundo y para algunos de mis amigos sea signo de fragilidad, para mí es (paradójicamente) el motor que permite comenzar cada cosa que tengo que hacer, porque me devuelve a mí misma y, por tanto, vuelve a definir el fin por el cual elijo y hago cada cosa.*

«Cuanto más hacía, más me perdía»: sintético. «Resultado: la pérdida de mí misma». Cuando identificamos el cristianismo con una de sus posibles reducciones, nos damos cuenta enseguida del resultado que produce en nosotros: la pérdida de nosotros mismos. ¡Porque el cristianismo no es las reducciones que hacemos de él! Por eso podemos verificar en cada momento si lo que vivimos es el cristianismo o no. «El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra “ley”, ni las palabras “ideología”, “concepción” o “proyecto” [...] no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales [que yo debo cumplir], un conjunto de ritos [...] es un hecho [...] todo el resto es consecuencia» (p. 26). En la experiencia podemos palpar que en cuanto nos separamos aunque sea un milímetro de lo que es el cristianismo –un acontecimiento–, nos damos cuenta enseguida de ello por el efecto que provoca en nosotros: nos perdemos; cuanto más hacemos más nos perdemos. ¿Qué es lo que permite volver a empezar? ¿De dónde podemos partir nuevamente? De un hecho, como has contado: «mis compañeras de piso, a través de las cuales misteriosamente vivo cotidianamente una excepcionalidad». Esto corresponde, y no porque sean ellas la respuesta, sino porque tus compañeras de piso te remiten constantemente al Misterio y hacen presente su excepcionalidad. Me escribe una persona desde muy lejos: «Durante el último encuentro del grupo de Escuela de comunidad que llevo, trabajando sobre el punto *Para la salvación del hombre*, afirmé que, después del acontecimiento de la venida de Cristo sucedido hace dos mil años, cada día se suceden acontecimientos. No todos estaban de acuerdo, más de uno consideraba que el acontecimiento fue solamente uno (mientras el resto son simples hechos, sucesos), y que, por tanto, el párrafo en cuestión se refiere solo a aquel acontecimiento, el nacimiento de Cristo [el momento histórico de ese nacimiento]». ¿Lo veis? Un instante después ya hemos reducido el acontecimiento. Porque el

acontecimiento, es verdad, es uno solo, es decir, el que sucedió con aquel nacimiento; pero ese acontecimiento –nos hemos dicho durante dos años en la Escuela de comunidad sobre el libro *Por qué la Iglesia* (¡esto es un examen de esos dos años completos de Escuela de comunidad!)- permanece en la historia. A propósito de esto, me gustaría retomar un pasaje muy iluminador de don Giussani: «El acontecimiento de Cristo [que comenzó hace dos mil años] se vuelve presente “ahora” en el fenómeno de una humanidad distinta: un hombre se topa con ella y sorprende en ella un presentimiento nuevo de vida». Todos hemos empezado por aquí. Pero, continúa Giussani, «el fenómeno inicial –el impacto con una humanidad distinta, el asombro que nace de ello- está destinado a ser *el fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo*» («De la fe nace el método», en *Huellas-Litterae communionis*, enero 2009). Si el acontecimiento inicial no vuelve a suceder una y otra vez, el cristianismo se convierte en algo del pasado. El cristianismo es un acontecimiento, y si el acontecimiento no se mantiene contemporáneo es imposible vencer nuestro nihilismo. De hecho, cuando no vuelve a suceder nos perdemos; en cambio, cuando sucede volvemos a comenzar. Me escribe otra persona: «Me he puesto en camino después de muchos años en los que verdaderamente mi corazón había dejado de pedir. Entiendo bien el “vacío de sentido” del que habla Galimberti, porque es un riesgo que todos corremos, también yo. Aunque estoy en el movimiento desde hace años, incluso participando en los gestos del movimiento, experimentaba este vacío de sentido viviendo mis días como un canto rodado arrastrado por la corriente de la vida. En un momento dado tengo un encuentro que saca a la luz toda mi necesidad y la inmensa insatisfacción que tenía. Un momento preciso, un lugar preciso, un rostro preciso». Cuenta sobre el encuentro que ha tenido y añade: «Este ha sido mi nuevo inicio; he renacido a los treinta y siete años al ir a buscar a mis hijas a la parroquia, exactamente del mismo modo en que renací hace veinte años en la Thuile, durante unas vacaciones de GS. Dice la escuela de comunidad que “necesitamos devolver al acontecimiento su dimensión ontológica de nuevo comienzo” (p. 28) [una persona puede comenzar al toparse con una presencia y puede, después de haberse ido, volver a encontrarla topándose inesperadamente con alguien que vuelve a ponerla en movimiento; la presencia no es algo que se queda en el pasado]. Si este nuevo comienzo no pusiese en marcha un proceso, si no me hiciese levantarme por la mañana pidiendo que pueda volver a suceder cada día, me quedaría sujeta a un hecho del pasado [¡esto lo sorprende en la experiencia!], a un encuentro pasado. El hecho de que vuelva a suceder se convierte en el método cotidiano con el que Cristo me alcanza pues, de otro modo, mis días están perdidos». En el inicio –nos ha enseñado siempre don Giussani – se nos da el método de cada inicio. No es que al principio se dé un acontecimiento y que después podamos caminar solos sin necesidad de que vuelva a suceder. No. «El fenómeno inicial [...] está destinado a ser *el fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo*». Pero muchas veces perdemos este método por el camino. Cuando se produce el encuentro, como hemos escuchado, esto da inicio a un proceso que hace surgir una pregunta.

*En nuestro grupo de Escuela de comunidad ha surgido esta pregunta: «¿Cómo se vive del acontecimiento y no de nuestros pensamientos?».*

Esta pregunta surge porque el encuentro, como vemos, no provoca un cambio de forma mágica, sino que da inicio a un proceso en el que puede haber muchos incidentes a lo largo del camino. Por eso es normal que surja esta pregunta. Hay varias personas que han expresado dificultades de este tipo: «Yo reconozco el inicio, pero después me doy cuenta de que vivo una división entre lo que pienso, entre lo que he reconocido y la vida cotidiana»; «¿Qué quiere decir reconocer a Cristo dentro de lo cotidiano más cotidiano?». Otra persona expresa una dificultad parecida manifestando un sentimiento de vacío,

como si la vida corriese por dos vías paralelas; ha vivido un momento de «explosión», pero después ha entrado en una vía que no le permite vivir la novedad del inicio, y advierte un sentimiento de ahogo, de rebelión, porque ahora tiene que conformarse con seguir viajando por la vía de una vida triste en el trabajo, en las relaciones, en el matrimonio, etc. Para otros la dificultad tiene que ver con la sencillez y la facilidad de reconocer a Jesús de la que habla Giussani: «Creo que no tengo esa facilidad para reconocerle».

¿Qué significa volver a comenzar este proceso?

*En la última Escuela de comunidad semanal que tuve con mis amigos surgía esto: «Andrés y Juan somos todos nosotros, porque si estamos aquí es porque algo sucedió en el pasado, algo como les sucedió a ellos aquel día». Pero, sinceramente, a mí no me basta esta afirmación, me falta un trozo, yo necesito algo ahora, no puedo basarme solo en el gran o pequeño encuentro que tuve hace tiempo. Lo que me ha impresionado de la página de Juan es cuando describe que muchas personas iban para escuchar y ver al Bautista desde distintos sitios de Israel; pero luego dice Giussani que estaban tan «acostumbrados» a su modo de hablar, tan llenos de sí mismos, que no tomaron en consideración a quién señalaba aquel día en el Jordán. Entonces he entendido que entre esos «muchos» también estoy yo. Todos los días experimento los estratos de costumbre que me envuelven, de lo «ya sabido», que me impide reconocer lo que sucede. Yo, como aquellos fariseos, me quedo parado en mis pensamientos y opiniones, convencido de que ya no existe nada verdaderamente nuevo para mí. ¿Acaso hay algo que no conozca ya? El ritmo de la vida está marcado por las mismas cosas: la Escuela de comunidad que hay que hacer cíclicamente sobre los mismos textos que se suceden en el tiempo, los Ejercicios, los retiros, la Jornada de recogida de alimentos, los Huellas comprados por devoción y nunca abiertos, etc. Estoy cotidianamente a orillas del Jordán sin dar un paso, sin intentar girar la cabeza. Pero entonces, ¿dónde estoy yo? Estoy harto y cansado de las «afirmaciones graníticas» y de las «cosas que hay que hacer», como decía una amiga en la última Escuela. Yo quiero recobrar a mí mismo y deseo que esta herida no sea mi tumba sino un nuevo comienzo, cuando Dios quiera. Ayúdame a entender cuál es el punto por el que volver a empezar.*

El punto del que volver a partir es ahí donde el acontecimiento vuelve a suceder, reconociéndolo cuando sucede. Para esto es necesario prestar atención. Porque esa es la gran cuestión: que yo me dé cuenta de lo que sucede. Como has dicho, lo que falta muchas veces –como nos ha repetido con frecuencia don Giussani– no es el acontecimiento, sino nosotros. «Pero entonces, ¿dónde estoy yo?», has dicho. ¿Qué es lo que genera el acontecimiento? ¿Qué significa el acontecimiento? Nos lo dice don Giussani justamente en las páginas en las que estamos trabajando. El acontecimiento cristiano «es un hecho que revela el yo a sí mismo» (p. 27). ¿Qué quiere decir que revela el yo a sí mismo? Que el hombre sea él mismo, es decir, «que el hombre sea “salvado” quiere decir que reconoce quién es, que reconoce su destino y sabe cómo dirigir sus pasos hacia él» (*ibidem*). Por tanto, no es solo una afirmación de la autoconciencia de sí, sino también un empezar a comprender cuál es el destino y cuáles son los pasos que hay que dar para llegar a él. Lo repite hasta cuatro veces. En el encuentro, «el yo empieza a tomar conciencia de sí, a tomar nota del destino hacia el que se encamina, del camino que está haciendo» (*ibidem*). Y también: el acontecimiento «se presenta como el método elegido por Dios para revelar al hombre a sí mismo, para despertarle a una claridad definitiva respecto a los factores que le constituyen, para abrirle al reconocimiento de su destino y sostenerle en su camino hacia él» (p. 28). No es algo estático, sino un hecho que pone en movimiento a mi persona: «Dios se ha convertido en un acontecimiento dentro de nuestra existencia cotidiana, a fin de que nuestro yo

reconozca con claridad sus propios factores originales y alcance su destino, esto es, se salve» (*ibídem*). ¿Qué hicieron los dos primeros, Juan y Andrés, al día siguiente de conocer a Jesús? Fueron a buscarle una y otra vez, porque «el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento, hasta llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever: es un camino de la mirada» (p. 29). Es como cuando alguien conoce a una persona significativa para él. No es que suceda y él se quede en casa sin hacer nada. Se demuestra que le ha sucedido algo porque se mueve hacia aquello que desea. Si falta esto, ¿qué sucede? La vida se bloquea. Pero cuando sucede algo que hace que el yo sea nuevamente protagonista, todo se vuelve a poner en movimiento, como le ha pasado a un amigo que escribe: «Conocí el movimiento en la universidad. Después de algunos años, decidí abandonar todo. Me había pasado algo personal muy dramático, culpé a Dios y decidí tomar otro camino. Hasta que sucedió algo: tuve una fuerte bajada de tensión mientras trabajaba y me dio miedo. El diagnóstico fue estrés, agitación. El problema es que no se pasaba, y el miedo crecía, hasta que me vinieron a la mente los miles de cenas que tuve con mis amigos de la universidad, siempre con esta agitación en el pecho: así pude reconocer de qué se trataba. Me acordé de ella, ya no era una incógnita: eran las ganas de vivir, de ser feliz, aquella nota de Chopin que como un martillo ya no te abandona. Entonces desapareció el miedo. Había tirado todo a la basura de modo que ya no la reconocía. Al día siguiente me desperté al amanecer, con ese “martilleo” fijo en el pecho y me detuve a ver el amanecer [de nuevo algo que le pone en movimiento]. Viendo el amanecer, me vinieron a la boca unas palabras que no decía desde la universidad: “Antes que rompa el alba / velamos en la espera...” [palabras que quizá nosotros también hemos repetido esta semana, pero sin pestañear]. Lo que había desechado estaba volviendo de golpe. Estuve todo el día buscando a Jesús como un loco. Con el mismo ímpetu busqué después el movimiento: necesitaba amigos que me abrazasen, amigos que me hiciesen ver en cada segundo a Cristo presente; estando solo me habría venido abajo. Los encontré. Decía Galimberti que la solución es la “justa medida” de los griegos. ¡La justa medida no sirve para nada! La justa medida no corresponde, como no corresponde el otro extremo, es decir, hacer las cosas de un modo alocado para olvidarse de uno mismo. ¡Solo Cristo corresponde!». Pero, ¿por qué vuelve uno después de haberlo tirado todo a la basura? ¿Por qué busca todo el día a Jesús como un loco? Porque, como dice la Escuela de comunidad, «de un acontecimiento no se puede volver atrás» (p. 29), pase lo que pase. A veces son justamente los desafíos que tenemos que afrontar los que ponen de manifiesto lo que nos sucede.

*¿Cómo puede un hombre tenerlo todo y en pocos segundos no tener nada? Sentirse así de repente es demoledor, te hace daño. Hablo en nombre de toda la comunidad de la isla de Pellestrina, en la que hemos sido víctimas de la catástrofe que ha afectado a Venecia. En aquel espantoso momento inesperado estaba yendo de mi casa a casa de mis padres. Veía que la marea cada vez subía más, pero me decía que para nosotros es lo normal. En cualquier caso, mientras caminaba de una casa a otra iba rezando a la Virgen, pues en la isla tenemos su imagen milagrosa. Pero algo no iba bien. De repente una ola anegó la isla con una fuerza terrorífica. Me encontré en la oscuridad por la calle con el agua a la altura del pecho. En un momento toda mi certeza se vino abajo y prevalecía mi grito: «Pero, ¿por qué?». Me preguntaba: «¿Acaso termina todo aquí? ¿Es esta mi necesidad, lo que me determina?». Me dije: «Vuelve a alzar los ojos y mira a aquellos ojos y rostros de los que estás hecho, de aquella sustancia que lo hace todo». Y aunque esto no elimina el dolor, estoy agradecido porque tú, la comunidad, la Fraternidad, los amigos, mi padre y la familia son esa fuerza silenciosa, pero potente, que permite demoler ese: «Pero, ¿por qué?». Esto no puedo negarlo, por el hecho de que el*

*Misterio está siempre aquí y me acompaña. En el momento en que se presentó la onda de choque mi hija estaba sola con el abuelo, intentando apuntalar la puerta únicamente con la fuerza de sus brazos, con el agua que les llegaba hasta la tripa y en la oscuridad. Y ella, pasado el momento de pánico, me dijo: «¿Sabes, papá? Estaba allí sola con el abuelo, no decíamos nada, entonces empezamos a rezar el Ave María, pidiendo que nos ayudase. Y funcionó, nos escuchó, porque –créeme– tenía miedo de morir». No sé qué decir, pero sé que mi relación con Él consigue vencerlo todo, gracias a esta humanidad que hace posible que sigas en la vida de un modo verdadero y diferente. Me ha llamado todo el mundo, un pueblo entero que ha pedido y pide por nosotros: créeme, esta es la energía que necesita nuestro corazón y que destruye aquel «Pero, ¿por qué?»».*

Solo cuando vemos al Señor venciendo, sea cual sea el desafío que debemos afrontar, podemos alcanzar de verdad la certeza que necesitamos para estar en la realidad. Pero, al mismo tiempo, solo podemos alcanzarla si nos comprometemos a hacer una verificación, pues de otro modo no podría decir lo que acabamos de escuchar: «Sé que mi relación con Él consigue vencerlo todo, gracias a esta humanidad que hace posible que sigas en la vida de un modo verdadero y diferente». Esta es la novedad que Cristo introduce en nuestra vida, en nuestra autoconciencia, y que nos permite estar en pie delante de todas las cosas. Por ello es crucial darse cuenta de lo que sucede.

*Quería compartir contigo la sorpresa que he vivido durante nuestra última Escuela de comunidad. Retomo solo un par de intervenciones. Una amiga cuenta que en una ocasión había tenido un día especialmente difícil en el que se sentía agotada. Después había hablado por teléfono con una amiga, enferma de ELA desde hace algunos años, que le dijo: «Tenemos que dar gracias, el Señor es muy bueno conmigo» y, de repente, vivió la correspondencia del corazón ante una mirada tan excepcional que la liberaba, le desvelaba su verdadero deseo. Otra amiga, que conoció el movimiento en la universidad, cuenta que su prima, que siempre había estado en contra del movimiento, había aceptado comer con un amigo suyo del movimiento. La prima, apenas terminada la comida, le llama llena de sorpresa y agradecida, le dice que ha sido un encuentro excepcional y que quiere ir a la Escuela de comunidad para no perder lo que ha visto. Viendo así a su prima, esta amiga se pregunta: «En esta semana, ¿cuándo se ha visto mi corazón atraído de este modo?». Y otros encuentros parecidos, aparentemente «desproporcionados», en los que, no obstante, no solo para quien los cuenta, los hechos revelaban el yo a uno mismo. Hechos que representaban, como dice la Escuela de comunidad, la «irrupción de una novedad, lo que da comienzo al proceso mediante el cual empieza el yo a tomar conciencia de sí, a tomar nota del destino hacia el que se encamina, del camino que está haciendo» (p. 27). Mientras estas personas contaban todo esto, me daba cuenta de que lo que tenía delante era de la misma naturaleza que aquellos «apuntes» del primer capítulo del Evangelio según san Juan. En la Escuela de comunidad don Giussani se pregunta: «¿Pero ¿cómo pudieron esos dos primeros, Juan y Andrés, ser conquistados tan rápidamente por él y reconocerle (“Hemos encontrado al Mesías”)? Hay una desproporción aparente entre la forma extremadamente simple de lo ocurrido y la certeza que mostraron tener los dos. Reconocer a aquel hombre –en su valor único e incomparable (“divino”)– tenía que ser fácil: por su excepcionalidad incomparable. Una correspondencia con el corazón impensable, nunca imaginada ni experimentada antes» (p. 23). Pues bien, lo que yo tenía ante mis ojos era tal cual. El texto añade: «Se trata de una experiencia que hay que hacer. Porque el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento, hasta llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever: es un camino de la mirada» (p. 29). En este camino de la mirada me doy cuenta cada vez más de lo decisiva que es para mí esta compañía guiada:*



porque esa «conciencia dispuesta a descubrir que “Dios es todo en todo”» (p. 15), como nos testimonia don Gius en la Introducción, crece en mí. Veo que esta tensión crece en mí, incluso en mi infidelidad, en esa infidelidad que, como dice don Gius, «surge siempre en nuestro corazón, incluso ante las cosas más bellas y verdaderas» (p. 16); y sin embargo esa tensión crece. Hablo de una compañía guiada, porque la generación que veo suceder es porque hay un padre que me hace consciente de que lo decisivo es captar al Señor en el presente. El movimiento me genera, despertando nuevamente la atención por lo que sucede, y así reconozco la paternidad en mi vida: estás conmigo incluso cuando no estás, porque me vuelves a poner delante, sin ceder nunca, esa pregunta que corta la respiración: «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?». Y así, al despertar mi sentido religioso y, por tanto, mi tensión por reconocerle, toda la realidad me habla. Hoy entiendo mejor lo que nos has dicho tantas veces: que la autoridad está dentro de la experiencia que vivimos.

Es tan verdad que la autoridad está dentro de la experiencia que vivimos que es justamente lo que nos conquista, como conquistó a Juan y Andrés. ¿Cómo es que los primeros se vieron conquistados tan rápidamente? Porque se encontraban delante de una autoridad, de una excepcionalidad sin parangón. Pero esto es una experiencia que hay que vivir, porque cuando uno tiene experiencia de ella no puede dejar de comprometer toda su humanidad. Esto es el acontecimiento: un hecho que despierta de tal modo nuestro yo que no nos deja fuera de la partida, sino que nos pone en movimiento, permitiéndonos hacer un «camino de la mirada», educándonos día tras día para reconocer Su excepcionalidad en cualquier sitio, como hemos visto esta noche. Esta es la promesa que nos hace a cada uno la Escuela de comunidad que acabamos de empezar. No se trata simplemente de retomar un texto, ni de aprender ciertos conceptos, sino de vivir la misma e idéntica experiencia de Juan y Andrés y de los que se encontraron con Él, es decir, de revivir «lo que les sucedió al principio: no “como” sucedió al principio, sino “lo que” sucedió al principio: el impacto con una diferencia humana en la que se renueva el mismo acontecimiento que les movió al principio» (*De la fe nace el método*). De otro modo, el cristianismo sería solo un hecho del pasado y no resultaría interesante para vivir hoy. Don Giussani nos da un criterio sencillo para verificar si Le reconocemos: «Que el reconocimiento es verdadero es algo que se ve por el hecho de que la vida tiene una capacidad última y tenaz de alegría» (p. 14).

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 18 de diciembre a las 21h.

Continuamos con el trabajo del libro *Crear huellas en la historia del mundo*. Durante este mes se trabajarán los parágrafos 3, 4, 5 y 6 del primer capítulo.

Os señalo que en la página web de CL, en la sección Escuela de Comunidad, podéis encontrar los audios de las partes sobre las que estamos trabajando.

Además, los próximos días 23 y 24 de noviembre la editorial Rizzoli renueva la oferta especial de la versión electrónica de *Crear huellas* por el precio de 2,99€.

**Huellas.** A partir del diálogo con los responsables del movimiento sobre la experiencia que hemos tenido con la venta extraordinaria de *Huellas*, se ha evidenciado ante todo que para las personas que se han implicado ha supuesto la posibilidad de tomar conciencia de lo que comunicamos y buscamos compartir a través de la revista. Por tanto, para muchos ha supuesto volver a leerla. Es sorprendente que muchas personas han testimoniado que los que tienen más interés por la revista son los que acaban de llegar, mientras que nosotros a veces no la leemos. Hay quien ha advertido en un principio una distancia entre la comunicación que hace *Huellas* de la vida y la Escuela de comunidad, pero al final

se ha dado cuenta de que está todo unido, y esto ha permitido tener una razón aún más grande para pensar y realizar el gesto de la difusión, justo porque es una experiencia lo que se propone junto con la revista. *Huellas* no es simplemente un trozo de papel, sino un instrumento para compartir la experiencia que vivimos. Otro aspecto que ha surgido es el descubrimiento de la dimensión misionera como un factor normal de la experiencia, y no como un quehacer, algo añadido desde fuera. Y esto ha permitido vivir la Jornada *Huellas* no como un peso, sino con un sentimiento festivo. Hay quien lo ha comparado también con la Jornada de recogida de alimentos diciendo que la Jornada de recogida es un gesto más fácil porque es difícil que alguien diga que está mal recoger alimentos para los pobres. ¿Hay alguien que no reconozca esto? Pero esto nos hace darnos cuenta de algo que hemos visto hoy: al igual que todos, nosotros también pensamos que algo es razonable cuando responde a una necesidad; pero con frecuencia reducimos la necesidad. De hecho, si es importante una necesidad más material, imaginad lo decisiva que es la necesidad ilimitada de las personas a las que les falta el sentido de la vida. En este sentido, hay personas que han comprado *Huellas* porque en el diálogo con quien les proponía la revista han encontrado alguien que respondía a la altura de la verdadera necesidad que tienen, que es que la vida pueda tener un sentido.

Esta es la verdadera razón por la que queremos vivir el gesto de la Jornada de recogida de alimentos – que tendrá lugar el sábado 30 de noviembre– con una mayor conciencia de nuestra necesidad y de la de la gente que vamos a encontrar. Como veis, estos gestos –si los vivimos con esta conciencia– son una ayuda fundamental para nuestra educación, para tener una mirada que haga vibrar todo lo humano.

Cartel de Navidad. La imagen de este año es un detalle de la *Adoración de los pastores* de Caravaggio. La primera frase es el conocido diálogo entre el innominado y el cardenal Federigo tomado de *Los novios* de Alessandro Manzoni, que hemos citado muchas veces en los últimos tiempos:

Apenas introducido el innominado, Federigo fue a su encuentro, con un rostro solícito y sereno, y con los brazos abiertos, como ante una persona deseada; «cuando, hace tiempo, tantas veces, habría debido ir yo a veros». «¡A verme, vos! ¿Sabéis quién soy? ¿Os han dicho bien mi nombre?». «Dejadme», dijo Federigo, tomándosela con amorosa violencia, «dejadme que estreche esa mano». Diciendo esto, echó los brazos al cuello del innominado; el cual, tras haber intentado sustraerse, y resistido un momento, cedió, como vencido por aquel ímpetu de caridad, abrazó también él al cardenal. El innominado, desprendiéndose de aquel abrazo, exclamó: «¡Dios verdaderamente grande! ¡Dios es verdaderamente bueno! Ahora me conozco, comprendo quién soy». «No creáis», le dijo, «que me contento por hoy con esta visita. Volveréis, ¿no es cierto?». «¿Que si volveré?», respondió el innominado: «Aun cuando vos me rechazais, me quedaría porfiado a vuestra puerta, como un mendigo. ¡Necesito hablaros!, ¡necesito oíros, veros!, ¡os necesito!».

La segunda es de don Giussani y está tomada de *Crear huellas en la historia del mundo*:

El acontecimiento cristiano tiene la forma del encuentro con una realidad física, corporal, hecha de espacio y tiempo. Es el encuentro [como hemos visto] con una realidad presente, viviente, integralmente humana, cuyo significado exhaustivo radica en que es signo visible de la presencia de Cristo, de Dios-hecho-hombre dentro de la precariedad de un rostro humano. Este encuentro es lo que continuamente polariza nuestra vida, es lo que da significado y síntesis a nuestra existencia. Fuera de él no hay ninguna otra fuente de novedad en la vida.

El Cartel es una ocasión para hacer memoria y testimoniar lo que nos es más querido.

Recogida de fondos. Todos tenemos presente la dramática situación que se da en muchas zonas de Italia, empezando por Venecia, como acabamos de escuchar a nuestro amigo de Pellestrina, que se han visto obligadas a afrontar el fuerte temporal de estos días. Todos experimentamos el deseo de ayudar a las poblaciones afectadas y, aún más, de ir a ayudar a los amigos que se han visto afectados. Por ello, la Fraternidad de CL, custodiando las distintas experiencias vividas en estos años, propone siempre a todos un gesto esencial: el fondo común. Este es el primer gesto de ayuda: cada uno, a través de lo que aporta, contribuye a las necesidades de todos; y quien pasa por una situación de dificultad sabe que puede pedir ayuda a la Fraternidad. En el caso específico de nuestros amigos venecianos, además, la Fraternidad ya se ha involucrado para sostenerles de un modo adecuado.

Buen trabajo.

*Veni Sancte Spiritus*